

Nota: Nuestra facultad cumple este año 85 años de su fundación. Muchos de nosotros hemos pasado al menos 50 de ellos desde que fuimos alumnos y luego profesores.

Muchos hechos también han ocurrido y se van perdiendo en la memoria de los miembros de la comunidad que han desfilaro por las aulas de nuestra escuela. Por eso es importante rescatar la memoria colectiva de quienes participaron activamente en la creación de las instancias democráticas que, con algunos cambios, aun rigen el devenir de nuestra facultad. En el texto que Faustino Sánchez nos entrega y que por razones de espacio hemos dividido en tres partes, recuerda cómo después de la represión al movimiento estudiantil de 1968, donde muchos dirigentes estudiantiles egresados de la Facultad permanecieron en la cárcel, se inicia una nueva época para nuestra escuela.

En muchos de los profesores y alumnos de Ciencias, quedaba la inquietud de relacionar la actividad académica y vincularla a las necesidades de sectores amplios de la población. Fue así que, con esas inquietudes, la Facultad de manera institucional, creó seminarios y conferencias para analizar el papel de la ciencia y la facultad ante las necesidades de la población.

Fue en 1973 que se estableció la Asamblea General como órgano de máxima autoridad en la escuela, y se crean también los Consejos Departamentales como órganos de gobierno colectivo, además del Consejo Interdepartamental (CID), con el objetivo de resolver los problemas generales de la Facultad. No fue fácil pues esta entidad dual conflictuaba al Consejo Técnico oficial. Parte de este conflicto es relatada en este texto escrito por Faustino.

La historia continuará en las siguientes dos partes. Agradecemos al profesor Faustino su consideración para publicar su texto en nuestro boletín.

Sobre el programa Ciencia y Sociedad de la Facultad de Ciencias de la UNAM

Primera de tres partes

Faustino Sánchez Garduño
Departamento de Matemáticas,
Facultad de Ciencias, UNAM

“Cuando en la Universidad Nacional Autónoma de México, un mundo en sí misma, se habla de una escuela o facultad, se habla de una escuela y ya. Cuando alguien habla de Ciencia[s] está hablando, aunque se trate de una facultad más, de algo sensiblemente distinto. Según el cristal con que se le mire, la rodea un aura mítica o una fulgurante satanización. En el ámbito del activismo estudiantil es la Meca, el centro matriz y motor, la guía espiritual del quehacer político y el opinar moral. Hasta hace pocos años era común oír que Ciencias era, en todos sentidos, la mejor facultad de la UNAM.”

Hermann Bellinghasen, 1983



El contexto intrauniversitario

La brutal represión realizada el 2 de octubre de 1968 por el gobierno del entonces presidente de México Gustavo Díaz Ordáz contra el movimiento estudiantil que aquel año tuvo lugar en nuestro país, acalló las voces que en ese tiempo pedían cosas que ahora nos parecerían elementales, pero que en ese momento simplemente no existían. La figura de *disolución social* permitía aprehender y apresar a cuanto personaje resultara incómodo para los gobiernos en turno. La cerrazón era absoluta, propia de los regímenes autoritarios instaurados en el poder.

Si bien el movimiento estudiantil ---bajo la forma de grandes manifestaciones en la calle o concentraciones en plazas públicas y la incipiente vinculación con sectores populares en lucha--- fue violenta y sangrientamente detenido, muchas ideas y proyectos de los ideales que aquél perseguía, quedaron vivos y buscaron expresarse a lo largo de los años inmediatos a 1968. En algunas universidades mexicanas, aquéllos tomaron diversas formas. Movimientos de autogestión para enfrentar las férreas formas de gobierno de esas instituciones tuvieron lugar a principios de la década de los setenta del siglo pasado. De esta manera se explica el surgimiento de movimientos democratizadores en la universidades

autónomas de Sinaloa, Puebla y Guerrero. En el caso de la UNAM, los vientos post sesenta y ocheros hicieron posible varias experiencias autogestivas cuya finalidad no era el simple ejercicio democrático ---que en sí mismo ya era importante--- sino usarlo como instrumento que permitiera a las instituciones públicas de educación superior, poner los conocimientos en ellas adquiridos por los estudiantes al servicio de las grandes masas populares.

La implantación (en abril de 1972) del *Autogobierno* en la entonces Escuela Nacional de Arquitectura (ENA) de la UNAM, según el cual la formación que habrían de recibir los futuros arquitectos, debería estar dirigida para poner en manos del pueblo sus conocimientos para la construcción de proyectos arquitectónicos.

A cuarenta años de la puesta en marcha del Autogobierno en la ENA, con un dejo de nostalgia, Víctor Arias Montes profesor de la ahora Facultad de Arquitectura de la UNAM, lo describió así:

“El Autogobierno se propuso formar los mejores arquitectos de México, entendidos no como los que suelen ser homenajeados en el país y [en] el extranjero y aparecen sonrientes en las revistas de moda, sino como los profesionales sencillos, creativos, críticos, cultos, responsables, que contribuyeran con su grano de arena a resolver cuantitativa y cualitativamente las demandas arquitectónicas de las clases marginadas, a las que no suelen llegar los caudales de dinero que invierten en la materia los poderosos. Profesionales que pudieran luchar por un salario digno y una vida decorosa, ejerciendo su oficio y talento creativo[s]. Profesionistas que pusieran en alto el nombre de la universidad pública, surgida orgullosamente de nuestra Revolución, la de 1910.”

El emotivo y combativo manifiesto publicado en ¡¡Dame una A...!!



Arquitecto Max Cetto

(órgano de información, análisis y crítica de la comunidad de la Facultad de Arquitectura de la UNAM) por jóvenes estudiantes de la Facultad de Arquitectura en ocasión de los cuarenta años del inicio del proyecto autogestivo de su facultad, merece mucho la pena ser leído.

Sorprendentemente, también en la Facultad de Medicina de nuestra *Alma mater*, tuvo lugar una experiencia cercanamente a esta misma línea. El llamado *Plan A36* impulsado por un pequeño grupo de profesores de esa facultad, se planteó formar galenos teniendo como filosofía una que contrastaba con el tradicional plan de estudios de esta carrera. De hecho, en el documento: *Experiencia innovadora en el campo de la formación del médico: el plan A36*, sus autoras afirman:

“Es hasta los años setenta que logró introducirse, en algunos planes de estudio, un discurso que apelaba desde hacía tiempo a la necesidad de formar un médico cuya orientación fuera preventiva y cuyo compromiso estuviese orientado a las necesidades de salud de las mayorías desprotegidas”.

Por ello, la idea de dicho plan era:
1. Formar médicos para la práctica general de la medicina, haciendo coincidir los medios con los fines, es decir, a partir de que el alumno enfrente los problemas reales que tendrá que resolver en su práctica médica,

2. Evitar la división arbitraria entre la información teórica y la práctica, al permitir al alumno aplicar el conocimiento conformando así esquemas de acción,
3. Articular el conocimiento en torno a ejes no disciplinarios, evitando así que las disciplinas compitan por el interés del alumno,
4. Implantar una metodología activa que dé oportunidad al alumno de realizar por sí mismo actividades de aprendizaje para construir su conocimiento,
5. Crear espacios de formación para llevar a cabo experiencias de aprendizaje que fortalezcan la práctica de la medicina general.

Cambio en los órganos de gobierno de la Facultad de Ciencias

En el escenario de la UNAM, cuyas pinceladas contenidas en los párrafos anteriores apenas lo bosquejan, en 1972 la comunidad de la Facultad de Ciencias formada por sus profesores (tanto los de tiempo completo, los investigadores de institutos que a ella concurrían, los ayudantes de profesor, los profesores de asignatura, estudiantes y trabajadores), decide mayoritariamente (está documentado que más del 90% estuvo de acuerdo) cambiar las estructuras de gobierno con las que habría de conducirse.

Es de destacarse que entre este 90% figuraba el nombre de connotados académicos que en poco tiempo se habrían de convertir en acérrimos enemigos de las estructuras democráticas de la Facultad de Ciencias. Éstas tenían a la *Asamblea General* como máxima autoridad en la que todos tenían voz y voto, sin ponderación alguna. Lo mismo contaba el voto de un estudiante de recién ingreso que el de un trabajador de intendencia o el del más prestigiado académico. Los departamentos (biología, física y



matemáticas) eran coordinados (sin la figura de jefe de departamento, sólo con la de coordinador del Consejo Departamental) por órganos colegiados: los Consejos Departamentales.

Éstos se formaban paritariamente por profesores y estudiantes los cuales eran elegidos por el respectivo sector, por votación directa y universal. La autoridad colegiada que hacía las veces del Consejo Técnico (la figura contemplada en la legislación universitaria) era el Consejo Interdepartamental (CID).

Al igual que los integrantes de los Consejos Departamentales, el CID era un órgano paritario compuesto por estudiantes, profesores y los trabajadores también tenían representación. El director era un miembro más del CID y todos se votaban democráticamente. Los aspirantes a ser director de la Facultad de Ciencias, presentaban su plan de trabajo ante la Asamblea General, ésta lo sancionaba y aquéllos se comprometían públicamente a respetarla como máxima autoridad y, llegado el caso, a renunciar a su cargo si esta instancia se lo solicitaba. La terna de la que la Junta de Gobierno de la UNAM habría de nombrar al director, pasaba por este escrutinio colectivo y cuando las autoridades incluían de forma subrepticia a alguien que no había pasado por este proceso, unificaba a la comunidad en su contra. La fuerza y el consenso internos hicieron posible que la Facultad de Ciencias tuviera, durante unos cuantos periodos, directores democráticos. Destacan: el biólogo Juan Luis Cifuentes Lemus y la física Ana María Cetto Kramis.

Desde su inicio, las nuevas estructuras de gobierno de la Facultad de Ciencias fueron vistas con recelo por las autoridades centrales de la UNAM quienes las combatieron y torpedearon de diferentes maneras. Desde el bloqueo administrativo a distintas iniciativas, hasta los ataques y provocaciones abiertas llegando



Auditorio de la Facultad de Ciencias. Archivo personal, Moisés Robles

a la expulsión de algunos de sus connotados dirigentes. El testimonio de Ana María Cetto cuando fue entrevistada por miembros de la Junta de Gobierno en ocasión de un relevo en la dirección es más que significativo. Así lo dice Ana María: “El rector quería aprovechar el cambio de dirección para reorientar la facultad, para que se encarrilara otra vez, era la oportunidad”. Todavía más puntual, agrega: “les interesaba, sobre todo, entender cuál era mi posición respecto a la asamblea general, y a la democracia; les interesaba mucho menos la problemática académica. Era obvio que la Junta de Gobierno veía un problema político en la Facultad de Ciencias, y la elección, para ellos, era un asunto político”.

Que las instalaciones de la Facultad de Ciencias se edificaran en el centro geográfico de la parte vieja de Ciudad Universitaria, fue un acto deliberado de parte de los que concibieron el proyecto del nuevo campus principal de la UNAM en el sur de la Ciudad de México. Se trataba de darle a las ciencias un papel fundamental, hacerlas el corazón y la parte estructural de la formación universitaria. A menos de dos décadas de que empezara a funcionar en Ciudad Universitaria,

la Facultad de Ciencias también se transformó en el centro neurálgico y decisivo para muchas de las cuestiones políticas de la vida universitaria. No es una actitud “ciencias-céntrica”, ni tampoco es un exceso afirmar que los máximos dirigentes de las distintas corrientes de la izquierda universitaria, llegaron a considerar que si una discusión se ganaba en Ciencias, esa daría la pauta para lo que se haría en el resto de la universidad. Recordamos debates acalorados entre algunos personajes que se se llevaron a cabo el espléndido auditorio con el que en ese entonces contábamos. No por nada nuestra Facultad de Ciencias se ganó el adjetivo de “temida” ...esto para cuando las estructuras democráticas, estaban en su cúspide.

Por su cercanía, no sólo física, sino también política, el trío formado por la entonces Escuela Nacional de Economía, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y la Facultad de Ciencias, escenificaron no pocas alianzas, y verdaderos dolores de cabeza habrían de producir a las autoridades universitarias.

Continuará...